
L. ROMERO TOBAR, M^a Á. EZAMA GIL y E. SERRANO ASENJO (eds.)

Juan Valera:
Correspondencia. Volumen 1 (1847-1861)

Madrid, Castalia, 2002, 782 p.

A mediados del siglo XIX, entre 1847 y 1861, el joven Juan Valera, tras haber dejado la casa paterna, llega a Madrid al igual que muchos jóvenes de su tiempo, abastecido de algún salvoconducto, necesario para encontrar su camino y su lugar en el mundo.

Es culto, encantador, atractivo. Aún no tiene conciencia de que es escritor, tiene capacidad para el estudio, particularmente de las letras antiguas, sueña con ser poeta (por más que los versos que escribe y los que ya tiene publicados son, con toda verdad, modestos). De vez en cuando le sobrecoje el desaliento, junto a la desconfianza en sus mismas dotes. Se siente cargado por las ambiciones maternas, las expectativas paternas y, debido a la estrechez de los recursos familiares, la necesidad de construirse un porvenir. Al haber dejado de lado el proyecto de dedicarse a la profesión forense está con el alma en vilo entre la política (con sus intrigas), la diplomacia y, tal vez, la literatura.

Metido en estas tribulaciones juveniles, Valera se fija en su entorno, observa con lucidez y con algo del cinismo que siempre le reprochó Clarín, ese mundo ficticio al que le llevaron su condición de noble, aunque no muy acomodado, y la ilustre parentela de que se precia.

Conforme viene reforzándose la vocación literaria, pese a la falta de voluntad de la que él mismo se autoacusa en las cartas a su padre, va precisándose su colocación en el mundo. Al cabo de agotadoras esperas y maniobras trabajosas, consigue su primer encargo como diplomático voluntario. Lo que le empuja, de manera casi natural, hacia este camino (para el cual parece bastarle con «bailar bien la polca y comer pastel de *fois-gras*») es el gusto por el galanteo, la buena comida, la elegancia. Luego sale de España, rumbo a Nápoles, en el séquito del duque de

Rivas, quien, a través de sus ojos cariñosos y sin embargo desencantados, se nos aparece un erotómano simpático y fatuo.

En suma, el primer volumen del epistolario de Valera, publicado por Castalia en 2002 y editado por Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, con una punzante introducción de Leonardo Romero Tobar, nos devuelve de una manera muy vívida lo que fue la juventud de Valera.

El escritor andaluz fue un testigo privilegiado de la vida de su época; de ahí que los estudiosos hayan puesto una atención constante en su intensa actividad epistolar, tal y como documenta la extensa bibliografía que acompaña el texto. En el pasado el epistolario de Valera recibió numerosas ediciones, parciales o temáticas casi todas, además de promovidas por intereses distintos. Hay quien ha ido buscando en sus cartas al hombre político, quien al letrado, al crítico literario o al diplomático: en fin, todos los distintos matices de una personalidad compleja y por muchos aspectos inalcanzable.

El mérito de este primer volumen, que recopila las cartas escritas entre 1847 y 1861, es ante todo el de habernos devuelto la voz de Valera en su integridad, en sus relaciones familiares, ocupado tanto en las más minúsculas incumbencias de la vida cotidiana como en el descubrimiento de unas realidades culturales radicalmente «otras». Sin embargo, su valor no se termina aquí, en la representación casi sonora de mundos particulares extinguidos; al revés, se cumple con llamar nuestra atención crítica sobre un «antigénero» literario dúctil, situado en la frontera entre intimidad y sociabilidad, impaciente frente a las reglas, que se concede toda clase de digresiones, de registros, todo tipo de posturas enunciativas y que en las manos de Valera, cada día más expertas, despliega todas sus potencialidades.

La primera carta, fechada Madrid 14/1/47, la dirige a su padre; la última, desde Madrid, el 15/12/61, la dirige a su hermanastro José Frueller Alcalá Galiano.

En este espacio de tiempo la actividad diplomática en la que participa como voluntario, gracias a las intervenciones de su familia, ha llevado al escritor lejos del Madrid mundano y vividor: a Nápoles, Lisboa, Rio de Janeiro, Dresda, San Petersburgo, con regresos a la capital, donde en 1859 muere su padre, y a Doña Mencía, para poder dedicarse al patrimonio familiar y resolver los litigios con su hermanastro acerca de la herencia (le disputó una parte de la sucesión materna aunque, por otro lado, le apoyó en sus ambiciones políticas, hasta hacerle elegir diputado en 1859). Tras haber dejado temporalmente la carrera diplomática, Valera se instala en Madrid donde empieza a consolidar su posición literaria, colaborando con numerosas revistas, dando clases en el Ateneo e ingresando en la Academia.

Hasta 1851 sus interlocutores son sus parientes: José Valera, su padre; Dolores Alcalá Galiano, su madre, y, aunque mucho menos, su hermanastro y sus hermanas, Ramona y Sofía, la predilecta.



Son cartas familiares que introducen al lector indiscreto en la vida privada del escritor. Los temas tratados son preferentemente personales: cuidados patrimoniales, perplejidades en relación a su mismo porvenir, todavía borroso, cotilleos mundanos y políticos cuyo objetivo es el de hacer partícipes a los impacientes padres tanto de sus experiencias como de las novedades madrileñas.

«La lettre —según escribe Cioran— conversation avec un absent, représente un événement majeur de la solitude»: nadie es más solo que el joven Valera en el momento en que se encuentra frente a una vida en la que tiene que optar, en que ha de tener en cuenta las obligaciones que sus orígenes le imponen (la adición, más veces confesada, al desahogo y al bienestar) y sus ambiciones aún no definidas, lo que le vuelve, a veces, ajeno a la vida en torno.

La carta familiar se puede asimilar a la conversación, goza de la libertad proporcionada por la proximidad. A los ausentes los hace presentes y consiente la continuación de las relaciones. Se presenta como un objeto literario paradójico: cuanto menos construido más apreciado y, por lo tanto, más se corresponde con lo real. Colocándose en la frontera de lo literario deja escuchar, casi en toda su inmediatez, la voz del hombre privado. Las cartas de este período podrían parecer demasiado personales para poder ser consideradas como parte de un epistolario a publicar; con todo, hoy en día el veto crítico que pesaba sobre la figura del autor, supuesta la primacía y la autosuficiencia del texto literario, se ha atenuado: de hecho, estas cartas resultan atractivas justo porque nos introducen en un mundo familiar, privado y alejado, que se hace presente de súbito. Ciertamente es que este primer grupo de cartas intensifica los rasgos de oralidad y muchas veces, casi para subrayar la inmediatez de la comunicación, hace alusión a la presencia del correo. En realidad, en muchos casos son textos que detrás de la volubilidad del movimiento encierran una armonía escondida. Hay que señalar la carta en que le cuenta a su madre su vida napolitana: un cuadro vívido del esplendor y de las miserias de la capital de los Borbones en la víspera de su anexión a la monarquía saboyana. De todas formas, no sólo es el gusto por el documento de época lo que atrae al lector contemporáneo. La verdad es que asistimos a la formación de una vocación, a la construcción de un escritor.

Tal y como advierte V. Kaufmann (*L'équivoque épistolaire*, 1990), para ciertos escritores la práctica epistolar, prescindiendo de su valor estético, es un pasaje obligado, un medio privilegiado para acceder a la obra. Funciona como laboratorio. Ella acompaña la tarea del escritor y le permite experimentar, en su relación con el otro ausente, una forma de palabra que está muy cerca de la escritura propiamente dicha. El acto epistolar está basado en un equívoco fundamental que la acerca a la frontera de la escritura literaria. En efecto, la carta parece favorecer la comunicación

aunque de hecho anula toda coparticipación y plantea la misma distancia que se establece en el acto literario.

Conforme aumenta la distancia del mundo familiar y se amplía el horizonte de correspondencia, va cambiando la actitud de Valera. Nuevos destinatarios apremian a la escritura de manera distinta, la estimulan hacia la descripción y el cuento.

A esta segunda tipología, menos personal, pertenecen las cartas dirigidas a su mentor literario Serafín Estebáñez Calderón. Objeto de la correspondencia es Brasil: sus paisajes extraordinarios, su naturaleza exhuberante, las bizarras costumbres del cónsul y de su pintoresca familia. Aquí el escritor oscila entre las vívidas descripciones del paisaje y los bocetos humorísticos. Particularmente agudas son las anécdotas acerca de la vida familiar que se desarrolla en la embajada española, en un enredo de idiomas, etnias y siluetas cómicas a veces hilarantes.

En cambio, Leopoldo Augusto de Cueto, su superior, es el destinatario privilegiado de sus impresiones acerca de Rusia. Valera se queda verdaderamente impresionado por el esplendor del imperio de los zares. Termina interesándose en todos los aspectos de la realidad rusa. Se abren de par en par, ante los ojos del destinatario, los tesoros de arte guardados en los palacios de la alta nobleza sanpetersburguesa, la espectacularidad de los jardines de invierno, la elegancia y la finura de una aristocracia culta, a veces —al tratarse de damas— demasiado, para el misógino Valera. «La curiosidad, el interés vivísimo» le retienen en un país en el que la misión debería haber tenido menor duración. Asiste al deshielo, al despertar de la primavera. Y a su curioso interlocutor le cuenta cosas de la religión, del arte, del estado de la ciencia, de la potencia militar. Sus pronósticos políticos presagian una primacía rusa en el Oriente, en menoscabo de Inglaterra, pero resultarán ruidosamente desmentidos por la historia. No importa demasiado.

Instado por su corresponsal, hace hincapié en los usos eróticos, incluso en las tarifas de los amores mercenarios, los únicos que le consienten sus escasos recursos financieros. Sin olvidar las sabrosas anécdotas relacionadas con la vanidad del duque de Osuna, jefe de la misión en Rusia, que le procuraron no pocos disgustos y amarguras. El humorismo de Valera es malicioso, a veces irresistible, sobre todo cuando se deleita en describir la ingenua pomposidad de su jefe.

Como es bien sabido, debido a su interés político, Cueto publicaba estas cartas sobre la marcha; han tenido ediciones aparte, enmendadas en los pasajes más salaces o demasiado personales. Por más que tuvieron el gran mérito de darle a conocer a la sociedad literaria, Valera declara repetidamente su carácter familiar, espontáneo, insistiendo repetidas veces en la inmediatez de la carta.

Mucha importancia parece tener lo que escribe a Campoamor acerca del género epistolar: «Cuando yo trate de escribir algo muy peinado y florido y



atildadísimo, escribiré un libro, o por lo menos un artículo de periódico; pero nunca disfrazaré con el nombre de carta lo que realmente no lo sea» (p. 553). De hecho estas cartas desde lugares exóticos y lejanos, que conllevan verdaderos reportajes (non por nada el autor designa las procedentes de Rusia como «epístolas»), fueron el primer espacio literario en que Valera consiguió el reconocimiento social que ansiaba.

Por lo demás, las sucesivas ocasiones en que el escritor se refiere a su progresivo asentamiento en el mundo intelectual, nos muestran no sólo una capacidad crítica cada vez más segura, sino también que el núcleo más duro de su estética ya está formado. Todavía hace falta, a decir verdad, la voluntad de centrarse en un proyecto serio, demasiados son los «bailes, tertulias, conversaciones» como para lograr concentrarse. Además, cuando haya sido nombrado diputado, le esperan los enredos políticos, los pleitos de herencia, los caprichos maternos por satisfacer: sin embargo, el camino ya está trazado.

Dejemos pues a Valera en 1861, académico de la Española, en los umbrales de su obra literaria, con sólo una queja por parte de quien escribe: lamentamos el inevitable vacío con relación a las cartas dirigidas a Lucia Palladi (exceptuado un fragmento recopilado para su padre). Al fin y al cabo, es verdad que en toda comunicación siempre actúa la freudiana *gardienne de l'antichambre*. Somos conscientes de que la carta disimula antes que revela: si Valera transmite a su madre y a su hermana, e incluso a Calderón, sus cálculos matrimoniales, así como a Cueto y Laverde los detalles de su vida sexual, sacamos en consecuencia que su mismo uso del mundo nos ha privado de sus cartas de amor. ¡Lástima!

MARIA ROSARIA ALFANI
Università di Napoli "Federico II"